

DISCURSO EN LA ENTREGA DE LOS PREMIOS POPULORUM PROGRESSIO CONCEDIDOS POR LA FUNDACIÓN PABLO VI

Miquel Roca Junyent, premio Populorum Progressio de la Fundación Pablo VI

Embargado hasta su pronunciación, a las 10 horas

Muchas gracias. Sinceramente, emocionadamente, muchas gracias. Pero no quiero llevarme a engaño: yo sé muy bien que, -al menos en mi caso-, no soy más que una excusa, un pretexto, para poner en valor lo que la Constitución española de 1978 representó para este país, tanto por los Principios que consagró como, muy especialmente por las formas, sentimientos y voluntades que la hicieron posible. Es esto lo que este Premio quiere recordar y que justifica que, en su defensa y reivindicación, pueda aceptarlo desde el agradecimiento y, como he dicho, desde la emoción más sincera.

Bajo la tutela de Pablo VI, la Fundación que en su nombre se ampara, nos recuerda a todos que sólo desde el respeto a la libertad de todos podemos reclamar la nuestra; que la democracia es pacto, es voluntad de acordar, es construir desde y con la diversidad. Que el progreso se escribe desde la estabilidad institucional, desde la voluntad de escuchar, de no tener miedo a la diferencia, aprendiendo a enriquecernos al hacerla posible. Al final, descubrimos que los grandes valores que la Constitución proclama, reclaman de todos nosotros una voluntad firme y sostenida de construir proyectos colectivos, compartidos, inclusivos, solidarios.

Y, para ello, el consenso que hizo posible la Constitución del 78, no debe ser solo la expresión de un momento de nuestra historia. Sino, sobre todo, la base irrenunciable de su propia vigencia; de su validez y exigencia. El pluralismo descansa en la expresión de planteamientos y postulados que han sido, son y serán diferentes. Pero ello no es incompatible con buscar y querer encontrar las bases comunes de una convivencia en paz y libertad. El progreso -ya lo señalaba la Populorum Progressio en el año 1967- demanda acuerdo, capacidad y voluntad

de pactar. Comprometerse en la acción. Respetar la diferencia, es tanto como aceptar integrar proyectos colectivos; para que el progreso sea de todos y para todos, la ambición es que sea también con todos que se construya.

Hoy, todo cuanto estoy diciendo, a veces, demasiadas, nos suena como distante; como algo que fue posible, pero que está siendo lamentablemente sustituido por una polarización que nos bloquea, que penaliza cualquier posibilidad de construir proyectos y ambiciones colectivas. Se está más cerca de construir enemigos que de debatir sobre argumentos. Parece como si, incapaces de asumir la complejidad que nos envuelve, nos refugiemos en la simplicidad populista y esta viene siempre acompañada de una peligrosa radicalización que nos conduce fatalmente a la inquietante polarización.

Acepto, pues, este Premio como compromiso de seguir defendiendo los valores que hicieron posible aquel gran acuerdo que fue la Constitución de 1978. Con todas las incertidumbres que acompañan nuestro presente no puedo renunciar a considerar que lo que, en aquel momento, entre todos, fuimos capaces de construir, también, entre todos, seremos capaces de preservarlo y proyectarlo hacia el futuro.

Permítanme un recuerdo muy personal. Mi padrino fue Ramon Sugranyes, presidente de Pax Romana (Veronese) y uno de los auditores seculares del Concilio Vaticano designado en su día por el Cardenal Mortini. Estoy seguro de que, hoy y aquí, sería el más agradecido por lo que este Premio representa para mí, su ahijado.

A él le dedico este momento de ilusión.